

## ALGO SOBRE PSICOLOGIA Y EDUCACION

### DE LOS CIEGOS

---

Cuando emití por vez primera, en una conferencia para maestras, la idea y el deseo de que se funde en Córdoba un instituto para ciegos, dije:

“Para los que viven en noche eterna, no quiero un asilo donde solo las funciones de la nutrición se cumplan. Yo anhelo para ellos un refugio en el que a la vez que sustento corporal reciban el alimento espiritual, y en el que por la educación y por la instrucción adquieran capacidad profesional o una ilustración suficiente para crearles alhagos en la vida, y que a la vez les convierta en elementos sociales útiles”.

En una segunda conferencia, especialmente dedicada al asunto, demostré ante el mismo auditorio selecto e ilustrado, que han pasado los tiempos en que los ciegos se recibían en los asilos tan solo para abrigarlos, sin proponerse objetivos prácticos definidos. Hoy se persigue, con su reclusión en ellos, dar a cada uno, niño o niña, hombre o mujer, la mejor formación posible y conforme a su edad y a sus aptitudes.

Es el concepto moderno de la capacidad psíquico-física del ciego, el que ha fortalecido la noción radiosa de que por medio de la escuela-taller se pueden transformar en ciudadanos de la Repú-

blica, en obreros de su progreso, los que viven como factores negativos y como parásitos sociales.

Aquella idea emitida dos meses ha, es hoy simiente en germinación: ya está constituido el núcleo de los cultores que han de aportar los elementos necesarios para que la planta surja, crezca y fructifique lozana.

Ya tenemos congregados bajo el simpático título de "Asociación Pro-Ciegos" un número suficiente que deberá crecer, de entusiastas y fervientes apóstoles de la causa que es justa, por que entraña reivindicación de derechos y libertades.

"La Asociación Pro-Ciegos" se propone dos grandes objetivos: 1.º crear la escuela-taller para suministrar instrucción común y profesional; 2.º prevenir en adelante la ceguera ya por medio de la divulgación de preceptos de higiene ocular ya estableciendo consultorios optalmológicos gratuitos para curar a los pobres.

Me propongo decir algo sobre el primer objetivo.

No es necesario esforzarse mucho para demostrar cuan oportunamente llega entre nosotros la iniciativa y cuan provechosa será la campaña social emprendida, con el fin de introducir en la colmena social tantos obreros parcialmente invalidados, ya desde el nacimiento ya por accidentes sobrevenidos en distintas edades de la vida.

Alguien ha sostenido con calor (1), que en frente a la desgracia del hombre ciego nada hay más útil que su propia familia realizando la noble misión de educarlo. Desruelles, dice que los institutos especiales, "solo escepcionalmente deben llegar a albergar al niño ciego.

Para el Abate Gridel (2) es la familia ante todo quien debe

---

(1) Dr. Desruelles—Comptes rendue au Congres universale de París en 1878.

(2) Memoria sobre la instrucción y la educación de los ciegos. París 1879.

proveer a los cuidados que demanda la triste condición del ciego. Yo sin embargo creo con Golezceano que ni aun para los hijos de las clases acomodadas puede ser más útil la educación en privado que la educación dada en establecimientos escolares sabiamente administrados y dirigidos; la elección no es dudosa ni discutida tratándose de los hijos del pueblo, por sí incapaces, moral y económicamente para subvenir a las exigencias de una instrucción que pide orientaciones, métodos y medio de escepción.

Pero la educación del ciego, es sin duda complicada; y desde luego no faltan quienes presjuzguen, sin razón, una inferioridad intelectual que solo puede admitirse en relación a la imaginación, a la fantasía; por que ésta sí es defectuosa, desde que le falta un elemento, un factor generador de las excitaciones y sensaciones que estimulan la actividad creadora de tan bella facultad.

Las impresiones más que los razonamientos dominan en la vida; por eso la preponderancia que de ordinario damos a las sensaciones visuales, motiva el que consideremos como la mayor de las desgracias el caer en la ceguera.

Son tantas las enseñanzas suministradas por los ojos, tan fácilmente se las adquiere, que se negligén las que pueden ser proporcionadas por otros sentidos.

Preciso, es declararlo para destruir un prejuicio y para dar consuelo de los que han perdido la luz: "los ojos no son todo" tanto la naturaleza por su contacto, como la sociedad por sus influencias materiales y espirituales; en una palabra, el contacto con las gentes y con las cosas pueden producir impresiones supletorias que el ciego analiza y aprovecha. Pero necesita ser educado e instruido para mejor inducir, razonar y sentir en presencia de hechos y circunstancias que los otros sentidos le denuncian y esplican.

Hay otro prejuicio erróneo.

Generalmente se piensa que el hombre privado del sentido

de la vista, es favorecido por la naturaleza con una mayor perfección de los otros sentidos.

Nada más ilógico, supuesto que en la generalidad de los casos, la ceguera adquirida es un hecho fortuito, y la ceguera congénita es comunmente curable. La naturaleza entonces, no puede adelantarse a prevenir lo que no ha de producirse fatalmente ni lo que ha de ser remediable. Admitiendo que los primeros en su hogar puedan encontrar guías cariñosas, cuidados asiduos, enseñanzas elementales que contribuyan a despertar y encausar aptitudes innatas; que algunos niños puedan ser rodeados en sus casas de circunstancias higiénicas y morales favorables; siempre resultará insuficiente esa educación primitiva, rutinaria, no técnica; y es de esta que necesita el niño llegado a la juventud o adultez.

El niño ciego, rico o pobre, encontrará en la escuela-taller todo lo que su estado de inferioridad reclama y la ciencia sabe dar.

Su trasplatación del hogar paterno al hogar que la sociedad o el Estado le deparan en un instituto especial, favorece su crecimiento y su cultura haciendo valer más, ejercitando mejor, sus facultades con el favor de un aislamiento relativo que estimula seguramente.

El niño que nace ciego o que se vuelve tal en la primera infancia, mientras permanece en el seno de la familia es un ser tímido, receloso, en razón de los solícitos cuidados que en todo instante le prodigan los suyos. Vive restringido en espacio, privado de libertad para hacer sus excursiones urbanas y aun domiciliarias; atormentan a sus padres, intranquilizan a todos, los peligros a que le suponen expuesto. Los mimos, las regalías, las comodidades y las constantes providencias de su guía, llegan a crear una apatía, una inercia física, un retrimiento moral que perjudica su desarrollo y afecta su salud. Todo lo cual dió fundamento para que el abate Corton dijese:

“Al que nace ciego, librelle Dios de una madre que haga todo por él”.

No dejando lugar a sus iniciativas, ni espontaneidad a sus movimientos, se impide todo perfeccionamiento; y queriendo servir siempre al ciego, la familia le esclaviza a perpetuidad.

Se ha objetado que las revelaciones comunicadas por cinco sentidos no son reductibles unas en otros; es cierto. Pero aquel prejuicio tiene su fundamento; la verdadera percepción de los objetivos externos resume las impresiones de los cinco sentidos; faltando uno (en nuestro caso el de la vista) la idea surge como resultado de las impresiones que suministran los restantes. Y admitida la irreductibilidad, es necesario admitir que existe en el cerebro un punto común al que convergen todas las sensaciones olfatorias, auditivas, táctiles y gustativas.

En efecto la experiencia enseña que faltando la sensibilidad visual, los otros sentidos y especialmente el tacto, ejercitados, puede perfeccionarse y por su medio se llega a una esquisitez tal que suplen maravillosamente al sentido ausente. Es entonces de la mayor importancia educar en el ciego aquel intermediario colectivo.

Una mesa cuya forma la aprecia el vidente, valido de sus ojos, la aprecia también el ciego por su tacto; y su idea no difiere en manera alguna de la de aquel.

Penetrando en una habitación el ciego sabe si es pequeña o grande, por el grado de intensidad con que repercuten su voz o sus pasos. Por la distinta impresión que el aire le produce, sabe donde hay una puerta; sabe cuando se aproxima a un muro, etc.

No puede negarse que los clarovidentes satisfechos por las impresiones que les vienen por los ojos, no piensan en palpar, en escuchar o tocar.

Son admirables, sin embargo las orientaciones y concepciones que los ciegos alcanzan aprovechando para ello su olfato. En

los ciegos sordos dicho sentido aparece tan desarrollado como en los perros de caza.

Desde un instituto norte-americano se escribía: “Julia B. puede tomar una docena de guantes, y después de haber sentido las manos y el rostro de sus dueños devolver a cada uno el que le pertenece”.—Elena Keller, reconocía los vestidos de las personas que estaban a su derredor, aún después de volver aquellos de la lavandera; y de Isabel R. se dice que teniendo delante de sí una ventana abierta puede por el olor reconocer las gentes que vienen a ella.

“Yo no la he visto, pero la he sentido” escribía un ciego, refiriéndose a su amiga: “la he sentido tranquila, graciosa, alegre, cuando de pie ante la puerta me apretó la mano diciéndome adiós!; y yo no la olvidaré y *así la veré siempre en mi corazón*”.

Oído y tacto súmanse en casos tales para dar la impresión, el concepto de lo que como función propia corresponde a los ojos.

¿Quién no sabe, quien no conoce las maneras distintas de tender y de apretar las manos, y lo variado, intenso o sutil de su lenguaje?, y ¿cómo no ha de ser bien explotado éste por el ciego para inducir sobre las personas, sobre sus sentimientos, sobre su estado de ánimo, sobre sus voliciones, sobre su temperamento, sobre sus aptitudes?

En la novela de Mistral, sus protagonistas Marveza y Vicente se veían, se miraban; pero solo se enternecían y se enrojecían cuando sus manos se encontraban...

Cuantas lectoras podrán confirmar la aserción!

Las espresiones del lenguaje de los videntes: “voy a ver que hora es”, “voy a reveer tal sonata”—son vulgares espresiones en los ciegos como en aquellos:—el agente de la percepción, ese intermediario entre el objeto y el cerebro, no es el sentido visual, sino el oído o el tacto; pero la información que estos le dan es idéntica a la que suministrarían sus ojos. Por eso la

forma verbal de comunicarla es igual a la empleada por los que ven.

En este orden de ideas podría extenderme mucho si mi propósito fuera el de hacer un estudio completo de la psicología de los ciegos.

Mi intento, por ahora, es únicamente demostrar el partido que puede sacarse para ellos de una educación bien dirigida fuera del hogar.

Educar a un ciego es perfeccionar en él las aptitudes de los demás sentidos para obtener un mayor rendimiento en sus operaciones, que alcance a suplir en el mayor grado posible la función específica abolida.

De esa imperfección física que afecta a su organismo, nace la dificultad de obtener en el propio hogar el rendimiento necesario y exigible. Por eso la justicia impone el deber y la sociedad reclama su cumplimiento, de poner en manos hábiles, bajo dirección sabia, en medio apropiado, esos individuos de los cuales la familia y el estado han de beneficiar, y a quienes para crearles el bienestar y la felicidad afectadas, interesa que sean bien desarrolladas y cultivadas su potencialidad intelectual y sus energías físicas.

Por grande que supongamos el interés, por más intenso que sea el cariño, y aún cuando admitamos las más favorables condiciones de medio familiar, habremos de concluir admitiendo que la instrucción y la educación serán más fáciles y reproductivas si se realizan según métodos especiales, que la experiencia de siglos ha consagrado como provechoso.

El niño ciego, salido de una familia pobre, encontrará en la escuela-taller todo cuanto necesita para su estado: en ella se habituará a todas las dificultades de la vida y se armará para vencerlas: ganará, sin duda, mucho más abandonando su hogar pobre, para utilizar fuera de él su propia intuición bien dirigida, y allí no sufrirá aislamientos, ni inercia, enervantes; en todo

instante hallará las orientaciones convenientes para ocupar el tiempo con provecho.

La desconfianza, la duda, la indecisión que suelen ser características del ciego y del sordo, desaparecerán ante la instrucción que reciba y la confianza que adquiera de su suficiencia, de su capacidad. Además su familia convenientemente aleccionada, o la sociedad o el Estado, sabrán más tarde rodearle de condiciones que aseguren el ejercicio de las aptitudes adquiridas y cultivadas en el intstituto.

Otra razón hay muy ponderable para procurar al ciego instrucción, educación y oficio; es la necesidad de tenerlo ocupado, de evitar sus ocios; por que como alguien ha dicho "si la ociosidad es para todos la madre de los vicios, para el ciego es la madre y el padre". (3).

En efecto para el que no vé, el ocio es doble, desde que no puede siquiera seguir los movimientos del mundo exterior en el que los videntes participamos sin sentirlo: no teniendo en que trabajar, el ciego se entristece y se anonada, se embrutece o se envicia, se hace vago o mendigo.

La escuela a base de sus disciplinas, metodiza el trabajo, los ejercicios, el descanso, los juegos; crea hábitos, y estos crean la necesidad de satisfacerlos. En ella se educa la voluntad enseñando su relación con las sensaciones. La costumbre no es para el psicólogo sino el resultado del principio educativo y del principio del trabajo creador combinados. Es en virtud de ambos principios que el ciego reproduce el modelaje y la carpintería, p. ejemplo; la asociación entre la imagen externa que le sirve de modelo y la imitación reproductiva que es la obra de su voluntad, forman factores poderosos y dan riqueza y precisión a la vida interna de las ideas.

Otras dos grandes facultades mentales desenvuelven los ciegos con extraordinaria eficacia y aprovechamiento; son la

---

(3) Diccionario pedagógico.

atención y la Memoria; una y otra necesitan medirse, ser educadas, cultivarse.

Del viejo principio filosófico "memoria escolendo augetur" hay que sacar para el privado de luz, todo el partido posible, y la escuela-taller es el medio más adecuado para ejercitarla y amplificarla.

Si es verdad que la voz de una persona entrando por su oído es para el ciego la base de su primer juicio, la memoria es la facultad de hacer reaparecer la idea concebida. Por eso en él su extraordinario desarrollo corre pareja con su importancia.

Del escultor Luis Navatel Vidal, que se volvió ciego, dicese que supo sobrellevar su desgracia cultivando su inspiración; y como a travez de su retina muerta mantuviera viva la imagen de los animales que de pequeño conociera, se propuso un día reproducir el león. Como su memoria no conservara todos los detalles de sus garras y de su melena crispada, penetró en la jaula en que se guardaba un ejemplar africano, para palparlo atentamente; la obra que buriló enseguida, resultó admirable; la memoria reavivada le fué fiel auxiliar.

Y por lo mismo que carece del sentido que tiene mayor amplitud para recibir las impresiones de lo externo, y despertar las sensaciones que engendran las ideas más firmes y duraderas; por lo mismo, digo, las distracciones que en el vidente causa el espectáculo de cuanto le rodea, faltan en el ciego: y así justicieramente ha afirmado el Dr. Hocheissen, que la facultad de ponerse en contacto con los objetos, lectura, trabajo manual, etc., vale decir la virtud del buen aprovechamiento de tales sensaciones, no es debida sino a la atención más constantemente tensa en el ciego.

Según experiencias por él practicadas la sensibilidad táctil de las falanges de los dedos y de las palmas de las manos, no presentan nada de anormal; luego las ventajas surgen de su aplicación más atenta, de una más consciente observación.

"La atención, dice un estudio de fisio-psicología del ciego,

en el que ha colaborado la ilustrada señorita María Luisa Galian, sub-directora del Instituto Nacional; “la atención, cuya forma y duración ha sido constatada por la observación y la experimentación y comprobada también su concentración y larga duración (en tres de los asilados sometidos a las pruebas científicas en el Laboratorio de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Capital Federal) dirige y acomoda los sentidos para la mejor adquisición del conocimiento, cuyo provecho se inicia con el aguzado poder funcional de los sentidos”.

Ponderando la esquisitez de la memoria en los que no ven, Golesecano cuenta que durante una visita a la Escuela Braille hecha por Mr. Félix Faure, en compañía de Mr. Marthon, este guardando el incógnito, diríjese a una obrera joven pidiéndole que le armara una flor. Ella sin replicar; puso manos a la obra y al cabo de algunos instantes se la presentó diciendo: “hela ahí señor Ministro”. Mr. Barthón la dijo: “pero si yo no soy el Ministro”; basta, respondió la joven, sois, Mr. Barthón, yo os conozco; no ha mucho tiempo que vinisteis en visita oficial. Decidme quién os acompaña”.

Las dos facultades, atención y memoria, se ejercitan y se muestran sorprendentes en los ciegos que juegan al Ajedrez, exhibiendo a la vez otra característica moral, tal vez ligada a ellas como energía psíquica emergente de una necesidad y de un interés; tal es la honradez, la extrictez, la rectitud en sus manejos.

No consienten jamás, denuncian siempre, la infidencia de su competidor si ella se produce aprovechando la posición de inferioridad fisio-física de aquél.

Ahora bien; fácil es entender por qué la atención tiene en el ciego mayor eficacia generadora de ideas, produciendo huellas cerebrales más profundas: basta reflexionar sobre la intensidad variable de las demás sensaciones especiales de los sentidos. El que ama deveras a la naturaleza, el que quiere deveras penetrar en sus bellezas y en sus misterios, no se contenta con ver y con oír; procura mirar, escuchar, sentir; procura impreg-

narse de los colores, de los perfumes y de la sonoridad de los cuerpos. El ciego sustraído a la luz, pero no anestesiado, se re-concentra en sí y presta a las impresiones que le sugieren los sentidos hábiles, mayor atención; las analiza sutilmente y clava en sus campos corticales los hitos firmes y múltiples que aseguran el dominio de la percepción, la idea perdurable, y ese mismo esfuerzo de concentración explica a la vez el recuerdo fácil y siempre presente a su Psiquis.

El ciego está siempre en la condición del vidente que cuando quiere reflexionar y meditar profundamente cierra los ojos.

“Dios mio”, decía Edmond de Goncourt, en su Journal, “tal vez dos o tres años de ceguera, antes de mi muerte no vendrían mal: esta separación, este divorcio de mi visión con la naturaleza, que ha sido para mí una maestra tan cautivante sería útil; me sería tal vez dado componer un volúmen o más bien una serie de notas espiritualistas todas filosóficas y escritas a la sombra del pensamiento”. (Siseranñe).

La asociación, la correlación de las funciones psíquicas con las sensaciones, de la memoria con las sensaciones táctiles, por ejemplo, se revelan elocuentes en el ciego, y prueban a la vez el principio ya afirmado de la irreductibilidad fisiológica de los sentidos que emitió el primero *Appia*.

En efecto, *Fialla*, de Bucaret, ha constatado en seis individuos con cataratas congénitas, operados con éxito en la segunda edad, que no reconocían, no daban su nombre propio a objetos que les eran familiares sino después de haberlos tocado. La sensación visual necesitaba en ellos ser confirmada por el tacto.

Pero si una verdadera percepción “es (4) el proceso por medio del cual la mente completa una impresión de los sentidos, por medio de una escolta de imágenes”; estas no pueden ser evoca-

(4) “Psico-Fisiología del ciego”. Ensayo clínico experimental por María Luisa Galian, María C. Burrler, María Ematina Legastaldi, y Emilia Matos, profesoras en el Instituto Nacional de ciegos.

das, sino han sido asociadas previamente a la impresión en virtud de la experiencia, vale decir de la memoria. (5).

La importancia que tiene esa concentración de la mente, la atención, sobre las impresiones que se reciben por los demás sentidos cuando voluntariamente se subtrae el sujeto a las impresiones del sentido de la visión, ha merecido que Topffer llame *sexto sentido*, del que no todos los hombres estando tados, a aquel que carece de órgano, pero que procura al alma impresiones maravillosas (6). En boca de un pintor inspirado pone Topffer estas palabras: “La sensación pura y simple no es sino la muy humilde sirvienta de mi sexto sentido, al cual ella suministra sin cesar la materia para sentir, para soñar, para divagar de la más dulce manera, en una comarca hermosa y sin límites que no es la comarca material que vuestros ojos ven, o que hollan vuestros pies”.

En el ciego ese sexto sentido imaginado por el filósofo, evidentemente existe con más frecuencia que en el común de los videntes.

Y tal sentido debió tener especial desarrollo en los tres más célebres ciegos y sordo-mudos que han popularizado las crónicas e historia de los que viven en noche y silencio eternos; porque todos ellos “hallan buena la vida”.

*Elena Keller* ha escrito en “La Clave de mi vida”: que “muchas personas miden la felicidad por el número de placeres físicos y de posesiones materiales. Si pudieran llegar a aquel fin que se dan como horizonte, piensan que serían muy felices. Si por algo llegan a fracasar, helos ahí desgraciados. Si la felicidad fuera medida de esa manera yo que no puedo ni ver ni oír, tendría todas las razones del mundo para considerarme desgraciada. Yo soy feliz a pesar de mis privaciones; y mi felicidad es

(5) Topffer—Reflexiones et menus a propos d' un peintre genovois.

(6) Sully y Binet—Psicología.

tan profunda que ha llegado a ser una creencia, y tan razonada que es la filosofía de mi vida”.

*Laura Bridgman* decía antes de morir; “soy feliz y tan ocupada”.

*María Heurttin*, escribía: “voy a cumplir 19 años y encuentro que el tiempo pasa ligero y siento que las horas vuelan”.

Todo lo expuesto en forma breve e incompleta, lleva a esta conclusión que formuló Terson: “el mayor servicio que puede hacerse a un incurable, a un ciego o casi ciego, es infundirle valor y gusto por una profesión, decisión y empeño por ilustrarse para que conquiste su independencia aprendiendo a ganarse la vida con lo que prevendrá una existencia permanentemente triste e inactiva.

Hay que inculcar en ellos la máxima de Howe que es divisa para luchar con entusiasmo en las batallas de la vida:

“Los obstáculos han sido hechos para ser franqueados”: a lo que debe añadirse: trasponerlos, es victoria que lleva consigo la felicidad.

El ciego instruido, con su espíritu cultivado, se forja una conciencia libre, alada, fecunda, que se agita en atmósfera serenísima, del mismo modo que el desventurado Pinzón, sublimado por Michelet (7) a quien ciegan algunos bárbaros, canta con animación desesperada y enfermiza, creándose con la voz su luz de armonía, labrándose un sol propio con la llama interna.

---

(7) Michelet—El pájaro.